

SEXTO TRIMESTRE.

6 de noviembre 1838.

CAPILLADA 89.

(37 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit revolutiones nostras non esse sicut functiones pulveris pyrii, anathema sit.

Si alguno dijere que nuestras revolutiones no son como funcion de pólvora, le tiro á boca de jarro que le hago ceniza.

CONC. 3. GERUND. CAN. 11.

AUN UN OTRO SIMULACRITO MUY BONITO.

Vamos, aquella mi abuela era mucha abuela! ¿Han visto vds. qué modo de adivinar, y qué modo de cumplirse sus vaticinios? • Y mi nieto Gerundito verá muchos simulacros. • Benditas sean tus palabras, abuela mia. Tú fuistes la Daniela, la Ezequiela, la Joéla, la Amósa, la Miquea, la Agéa, la Malaquía y la

Habacúca de tu siglo. Pronosticaste que muchos simulacros veria tu nieto, y muchos simulacros va viendo tu nieto. Dignas son de ser transmitidas de generacion en generacion las palabras que pronunciaste para tu nieto, y de generacion en generacion las transmite la pluma de tu nieto.

El simulacro de esta cuarta semana no fué dominical como los otros, sino sabatino. Fué un simulacro anticipado como las fiestas de los Hebréos, que empezaban á celebrarse desde la víspera, distinguiéndose en esto el dia sagrado del dia natural; y de lo cual sin duda ha tomado origen el adajio español que dice: *por las visperas se conocen los santos*. Serian cosa de las siete y media de la noche del sábado, cuando oí desde la celda tiros y descargas de fusilería hácia la Puerta del Sol, y como me cogió echando los maitines de S. Carlos que era el domingo, no dejó de darme algun cuidado, sospechando si se nos habria introducido en la corte alguna faccion, y estaria haciendo salvas en celebridad de los dias del Pretendiente (miento; ya no es Pretendiente, que ya tiene novia), pero bien, si estaria celebrando el cumpleaños del Rey Beiro, como víspera que era de tan señalado dia. El corazon se me ha-

bia reducido al tamaño de un granito de adormidera; cuando entró Tirabeque mas blanco que este papel (todavía, mas, porque este, diga lo que quiera el almacenista, sale algo moreno)... Señor... señor...—¿Qué hay, Tirabeque? ¿Son facciosos?—Señor... déjeme vd. beber agua...—¿Pero son facciosos, hombre?—Yo no sé lo que es, señor: de milagro vivo.—Pero qué dicen, vamos?—Dicen: *viva la libertad, y abajo el ministerio.*—Há, pues entonces no hay cuidado: no va con nosotros. Bebe, bebe un vaso de agua.

Bebió su vaso de agua, y en seguida le pregunté: ¿por qué no te quedaste á ver en qué paraba?—Ah, señor! Si hacia un miedo que no se podía parar. Salga vd. al balcon, y verá vd.; que ya deberá llegar la sangre á esta calle, porque yo dejé el arroyo abí á la calle del Príncipe que cogia de una acera á otra—¡Jesus Ave-María y José! Mucha sangre se ha derramado en tan poco tiempo. ¿Y era mucha gente la que movia la alarma?—A punto fijo no podré dar razon, pero por el bullo deberian ser... como unos veinte mil y pico de hombres.—Santa Bárbara bendita! ¿Y artillería llevaban?—Señor, ió era mi miedo, ó todas las bocas-calles estaban tapadas con caño-

nes.—Si así fuera, no hubieras podido pasar á casa. Yo no sé, señor, porque hacia un miedo que turbaba la vista.

En esto oímos el toque de generala, y vimos que los milicianos, siempre prontos á estos llamamientos, y siempre dispuestos á mantener el órden y tranquilidad pública, acudian puntuales por todas partes. A las nueve ya no se observaba síntoma alguno de desórden; y como veía con satisfaccion que la sangre no habia llegado á la calle como temia Tirabeque, supuse que la revolucion, cualquiera que fuese la que se intentára, se habia hecho sin sangre, y me alegraba, porque soy enemigo de que se vierta tan precioso licor, y aun por eso miro con cierto horror las sangrias y sanguijuelas.—Para que veas, Tirabeque (le dije), si podemos los españoles enseñar ya á los franceses á hacer revoluciones: ellos se precian de haber hecho una en tres dias, y aquí se hace en tres cuartos de hora. Ya habrá nuevo ministerio, y á esta hora estarán los nuevos ministros despachando notas á los gabinetes estrangeros: por docenas estarán ya saliendo extraordinarios á todas las cortes.

Con esta idea concluí mis maitines, tomé mi cenita frugal, dióme Tirabeque las huenas no-

ches y nos acostamos amo y lego segun tenemos de costumbre, esperando al dia siguiente hallar cambiada la faz del mundo político. Pero fue el caso que á cosa de las dos de la mañana se me presentó Tirabeque en la alcoba en camison y con una cerilla en la mano, y habiéndome despertado á empujones, «señor, señor, me dijo todo azorado, ¿no ha oido vd. otra vez los tiros?—Calla, calla, lego meticuloso, tú sueñas con tiros.—Escuche, escuche vd.—En efecto oí bastantes tiros; y supuse que algun ejército contra-revolucionario atacaba á las tropas de la capital; pero confiaba en que estas, una vez vencedoras y dueñas de la poblacion rechazarian facilmente cualquier ataque enemigo. Por la mañana Tirabeque esperaba hallar la capital reducida á cenizas, y yo creia encontrar la revolucion consumada sin sangre y sin sacrificios.

Pero la profecía de mi abuela tenía que cumplirse el sábado 3 de noviembre; y la profecía de mi abuela se cumplió. Todo había sido... *un otro simulacro*. La alarma de las ocho de la noche, las descargas de aquella hora y los tiros de la madrugada, todo había sido al aire, todo fue en simulacro. No obstante, este simulacro por desgracia no se hizo sin sangre: salieron heridas... dos mugeres y un niño; que está de

Dios que todo lo han de pagar ahora *las mujeres é hijos menores*. Por lo demas las cosas quedaron *in statu quo*, escepto el estado de sitio, que fué el único resultado que produjo el simulacro.

Reloj de Benavente,

iglesia de Leon,

campana de Toledo,

y el de Villalón,

Pero simulacros de los de Madrid.

LOS NIÑOS DE DOÑA EDUVIGIS.

-Loco está D. Crisanto con sus niños. Cinco

tiene, pero especialmente dos, Narciso y Teodoro,

ya no son niños sino niñas de sus ojos.

Es cosa de caérsele la baba con ellos. Pero

con razon, porque son lindos, vivarachos y

traviosos; no le quitan itajada á su madre. Oh

que buena muger Doña Edivigis! Como que

desde que tube yo licencias de confesar la di-

rigí siempre la conciencia. Para mi ha sido una

fortuna encontrarme con Doña Edivigis en

Madrid. Mucho me divierte con sus niños.

Pero qué diferencia de tiempos á tiempos!

Quando se eraban los mayores, toda la ca-

sa la tenían llena de altares; tenían dos cali-

ces de boj, tres ó cuatro juegos de vinageras de lata, sus candeleros de la misma materia con belitas de á ouza, abundancia de hostias para celebrar. De este artículo cuidaba yo, ó por mejor decir, el Padre Sacristan de la casa, que de mi orden destinaba todos los recortes de las hostias que se fabricaban en el convento á hostiecitas para los niños de D. Crisanto, que no sabian como podian salir todas tan redonditas y tan iguales, pues si se ponian ellos á recortarlas con las tijeras nunca las podian dejar enteramente redondas.

Tenian tambien sus casullas de papel de color, sus albas, sus manípulos y sus estolas. Cuando yo iba, que solia ser por las tardes, les decia su mamá: «vaya, niños, á ver como decís una misa delante del P. Fr. Gerundio mientras nos hacen el chocolate. Si lo repugnaban un poco, les añadia: «pues si no la decís, no os vuelve á traer mas hostias.» No podia estimularles con amenaza mas terrible, porque sobre gustarles mucho, yo se las llevaba con tanta abundancia que algunas tardes solian merendárselas en lugar de fruta, á veces hasta no querer las sopitas de noche, y aun hubo ocasion que les dió un cólico de hostias que les puso á morir. Instados pues con tal continuation da-

ban principio al sacrificio con el *Introito ad altare Dei*, á que contestaba el que hacía de acólito: *á Deo qui letifica juventutis mea...* Mamá, decía el sacerdote, este siempre dice *mea*: ¿no es verdad que riñe papá cuando decimos *vox á mear*?—Doña Eduvigis y yo nos echábamos á reir, y en esto solía avisarnos la doncella que se estaba enfriando el chocolate: con lo que dejábamos á los celebrantes para ir á tomar nuestra morenilla en santa paz y religiosa compañía, mientras D. Crisanto, el bueno de D. Crisanto, que en honor de la verdad siempre ha sido un huesped en casa, se pasaba las seis y las ocho horas jugando á la malilla en casa de su amigo D. Jorge Gonzalez. Costumbres de la época. Los niños jugaban á lo que veían, y nosotros vivíamos al estilo del tiempo.

Hoy los niños menores de D. Crisanto, como que enredan á lo que ven, juegan á los generales y á los ministros: tienen la casa llena de tropas, y el corredor parece una armería real. Cuando alguno está impertinente y lloron, Don Crisanto, que es padroño y mimon con exceso, le acalla diciendo: «no llores, hijo, no llores, que te tengo de comprar un regimiento.» Con lo cual queda la criatura tan contento que no

puede ser mas. Cuando yo voy por allá, se me suele agarrar de las piernas Narcisito, diciendome: Fr. Gerundio, ¿cuándo me traes un cañon? Y antes de desasírseme suele venir Teodorito, se me cuelga del brazo, y me pregunta: ¿me has de traer un dia unos ministros nuevos?—Porque hay la particularidad que el uno despunta por la aficion á las cosas ministeriales, y el otro se conoce que nació con mas inclinacion á las armas. A veces pasamos ratos muy divertidos con ellos, pero otras, como niños que son, se hacen tan pesados é importunos que nos vemos perdidos para desprendernos de ellos. El amigo D. Crisanto está bien, porque sigue con su costumbre de parar poco en casa, y los cortos ratos que pasa en ella se divierte en grande y rie como un tonto con los juegos de sus niños. Pero á Doña Eduvigis y á mí ya no nos hacen tanta gracia, porque es un fastidio, que apenas nos hemos quedado un rato solos, ya viene uno diciendo: mamá, yo no quiero mandar ya las tropas.—Por qué, hijo mio?—Porque los ministros de Teodoro no me las dan de comer.—Pero si los soldados que tú mandas no comen, bobo.—Tampoco andan, mamá; ¿pero no jugamos á que anden y á que coman?—Tienes razon, hijo. Pues anda, di

á tu hermanito que te los dé de comer.

Pero en esto viene su hermanito llorando como un perdido, y dirigiéndose á mí, me dice entre sollozos: Fr. Gerundio, yo quiero otros ministros, que aquellos no valen nada.—¿Pues qué tienen, hijo, que tienen?—Que no sirven.—Pero ¿por qué no sirven, hombre?—Porque todos se me parten. Yo no quiero ministros de yeso.—Ven acá, hijo, ven te quito los mocós, le dice Doña Eduvigis, que vas á manchar á Fr. Gerundio. Déjate, que mañana te ha de traer unos de hierro.

Con esto conseguimos contentarles por entonces, y que nos dejen un rato en paz; pero no suele pasar un cuarto de hora sin que venga Narcisito, diciendo: mamá, yo no quiero ser general.—Pues qué quieres ser, hijo?—Quiero ser ministro como los de Hermanin.—Bien, hijo, bien, pues dile que digo yo que tú eres ministro.—Pues yo seré general tambien, si papá me compra mas soldados de caballería, y unas cruces de esas que dan á los generales.—Si, hombre, sí: todo te se comprará: yo se lo diré á tu papá.—Pues que me las compre hoy, sinó yo no quiero ser general.—Mira, ahora vete, que asi que venga papá, le diré que te lo vaya á comprar todo.—Es que sinó digo que

estoy malo, y me retiro.—Bien, querido, pero ahora vete al corredor á mandar las tropas, anda. Jesús qué diablos de chicos!—Son niños señora, ¿qué los ha de hacer vd?—Si, pero son demasiado moleadores.

Yo les habia llevado un dia seis muñecos de lata barnizada, diciéndoles que alli tenian los seis ministros de hierro. Y á los dos dias vino ya Teodorito con la canción de que queria otros, que aquellos eran viejos.—Hombre, ¡viejos y te los traje antes de ayer?—Y qué? me dijo el niño, si los mas de ellos no se tenian de pie, que todos se caian: ya tiré dos al corral: tú dijiste que eran de hierro, y no eran, engañoso.—Anda, que te he de encargár unos de acero á mi tierra, ¿lo oyes?—Si: y mientras les traen, quien hace de ministro de la guerra?—Cualquiera de los otros que no has tirado.—Y si no sirven?—Si sirven, bobo, si para eso cualquiera sirve.—Y á cual de los otros hago?—Al que mas rabia te dé.—¿A cuál hago, mamá?—Lo que te dice Fr. Gerundio, hijo, al que mas rabia te dé.

—Y marchó Teodorito tan contento.—En verdad, me suele decir Doña Eduvigis, ellos se divierten con sus juegos, pero á nosotros nos muelen la paciencia.—Señora, la respondo yo,

eso es lo que tienen los juegos de los niños.—
 Jesus María! dichoso Crisanto que se va de casa cuando se le antoja.—Pues mire vd., á mí en parte me divierten y saco partido hasta de sus impertinencias: lo miro todo como una niñería, y se acabó.

EL QUINCENO NO MOLER.

En este mandamiento se previene á ciertos mis paisanos de Leon que no sean machacas y hemorróidas (espresion culta que he buscado para no decir almorranas); que no muelan al Jurado para necesidades y pamplinas, y que no sean mentecatos. Dos denuncias han hecho de dos manifiestos del ex-Gefe Político de aquella ciudad el Sr. Camacho, y dos órdenes han hecho bajar del gobierno para que se reúna el Jurado á calificarlas, y ambas veces el Jurado ha fallado *por unanimidad* no haber lugar á formacion de causa. Señores, no seamos niños, que el tiempo es precioso, y hay mas en que pensar bendito sea el Señor, que en las tonterías de vds. Este mismo tiempo que estoy gastando en decir á vds, que en lo sucesivo tengan mas sindéresis, me está haciendo falta para otras cosas.

EL REFUERZO DE FR. GERUNDIO.

Yo estaba acabando de rezar nona. Tirabeque se disponia para salir á comprar: habia arrimado los pucheros á la lumbre y andaba buscando el cesto de los recados, cuando sonó la campanilla: salió á responder y observando que tardaba en pasar razon mas de lo que tiene de costumbre, y pareciéndome que le sentia disputar con acaloramiento, abrí la puerta de mi celdita, y me puse á escuchar. En efecto percibí que estaba diciendo á la rejilla: «Desengañense, que en Madrid no se usa abrir á nadie sin conocerle, y yo soy ya mas cortesano que lo que nadie piensa.—¿Pero es posible, Tirabeque, que no nos conozcas?—Soy cortesano: no conozco á nadie (Yo me reía y callaba).—Pero Fr. Pelegrin, ¿es posible....—Vaya, digan si quieren algo para mi amo.—Sí, hombre dile que estamos aqui nosotros.—Toma; si no dicen mas, es como si no dijeran nada.

Ya no pude menos de salir á reconocer por mí mismo á los que por mí preguntaban; me asomo á la rejilla, y veo.... nada menos que al *P. Circunloquio* y al *P. Cascarilla*, y detras á los demas padres, á quienes yo habia convocado por mi decreto de 6 de octubre último

(véase la capillada 80), para que viniesen á formar mi *Junta auxiliar gerundiativa*. Abrí la puerta, y en el momento se me echaron una docena de brazos al cuello diciendo á coro: ¡Oh padre Fr. Gerundio nuestro! ¿Cómo está vuestra paternidad?—Dejen vds. el tratamiento para cuando estemos de etiqueta, les dije, y ahora entremos en la celda y descansaran vds. Pero tú, rinoceronte, ¿no conocias á los padres que tanto les has molestado á la puerta?—Señor, ¿quién habia de conocer al *P. Circunloquio*, si viene hecho un bruto de gordo?—Y á mí tampoco me conocias? le preguntó el *P. Cascarilla*.—A vd. tampoco: si vd. está hecho un ciruelo de flaco.—No hagan vds. caso de este bucéfalo, porque cada vez es mas sandio y mas incorregible.

Y bien, ¿cómo han tardado vds. tanto, hermanos?—Como vd. solo nos decia en el decreto que estuviéramos aqui para cuando se reunieran las Córtes....—Es verdad, es verdad. Vaya un polvo. ¿Y cómo están esos caminos?—Están medianos, Rmo. P. Los facciosos recorren el pais y cometen en los pueblos tropelías inauditas.—Pero no se meten con los transeuntes, dijo el *P. Platiquillas*.—Al oír esto no se pudo contener Tirabeque y me dijo lleno de cólera:

Señor, ¿no le dije á vd. mas de cuatro veces en Leon que este fraile era carlista? Estraño yo mucho que sabiéndelo vd. le haya nombrada de la junta. Paréceme á mí que vd. y el gobierno, y el gobierno y vd..... Estas aguas de Madrid, señor....—¿Qué sabes tú lo que te dices, lego loquaz?—Demasiado que lo sé.—Chis, calla esa boca.—¿Y de *Perdiz* qué me dicen vds.?—De *Perdiz*, respondió el *P. Infinitivo*, nos informaron en Villacastin que al tiempo de caer del caballo de resultas de una herida en una pierna, el caballo le sentó las erraduras en la cabeza con tal tino é inteligencia que le dejó en el sitio: no sabemos si será cierto.—Pues no iba errado ese caballo, señor.—Majadero, con que estás oyendo que le sentó las erraduras en la cabeza, y no habia de ir errado?—Y como Tirabeque viese que todos nos reíamos de su sandez, «no se rian vds. padres míos, nos dijo, no se rian vds. que lo que he querido decir es que el caballo no fue errado, es decir, que no erró el golpe. Y ahora añado que si es cierto, el gobierno debe dar á ese caballo la cruz de S. Fernando.

Lo que hallamos en Labajos, dijo el *P. Platiquillas*, fué una señora con sus niños que dijo salia confinada de la corte de orden del go-

bierno por tener su marido en la faccion.—¿Y los niños, le preguntó Tirabeque, eran grandecitos?—El mayor respondió el P. Platiquillas, sería como de unos trece años.—Miente vd. Padre, que los hijos de los facciosos en teniendo trece años ya no están obligados á salir de la corte: porque segun las instrucciones del gobierno al Gefe Político, para tener que salir de Madrid no han de haber cumplido los doce. Aquí no se quiere granuja: aquí solo debe quedar la gente que pueda prestar algun servicio.—Sabes, Tirabeque, que toda la conversacion va siendo tuya?—Sí señor, sí lo sé.—Pues yo sé que debes callar.—Callaré, señor, pero este fraile no me entra de los dientes adentro.

Con que vaya; ahora traten vds. de buscar por ahí su alojamiento, que en abriéndose las Cortes no faltará algun punto que ventilar entre todos. Vayan vds. con Dios.—A la orden de vtra. Rma.—Sal á despedirlos, Tirabeque.—Voy Sr. Oigan vds. PP. míos, es menester que traten vds. de ponerse algo mas decentes.—Ya ves, Pelegrin, unos pobres esclaustrados...—Pues no hay remedio, es meuester ingeniarse. Vayan con Dios, padres.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.